

Bush Impuso

Sigue de la primera plana

el vicepresidente les pidió que vieran: al hijo de una familia de origen extranjero que tenía un patriotismo dudoso; ¿la prueba de acusación tan seria?, no haber forzado a los profesores de primaria de Massachusetts y a sus alumnos a recitar diariamente la jura de fidelidad a la bandera, o haber criticado la invasión de Granada. Que vieran a Dukakis a un individuo blando con los criminales, porque un puñado de los miles de prisioneros que se acogieron al programa de libertad temporal del estado cometió nuevos crímenes; que vieran en él también a un líder que se resistía a mantener un aparato militar fuerte frente a la eterna amenaza soviética, a un tecnócrata proclive a aumentar los impuestos para continuar con programas gubernamentales que, a diferencia de los militares, eran inútiles; a una persona falta de ética por apoyar el derecho de las mujeres a decidir si querían o no recurrir al aborto, etcétera.

La contraparte de tal letanía de acusaciones —que sirvió muy bien para mantener la atención del público centrada en puntos secundarios y lejos de los problemas verdaderamente sustantivos— fue la incapacidad de Dukakis para responder adecuadamente y devolver a la campaña el carácter de reflexión nacional sobre las opciones frente al futuro, que se suponía debería de haber tenido desde el principio.

De una manera tan inexcusable como deprimente, el resultado de este tipo de campaña política sin sustancia, de victoria sin gloria, fue que en enero del año próximo van a llegar a la presidencia y vicepresidencia de Estados Unidos —sitio en donde, en la medida en que existe, la influencia individual en los procesos históricos puede ser relativamente mayor que en cualquier otro— una mancuerna que no es, ni con mucho, la mejor que este país puede ofrecer en materia de inteligencia, integridad, buena fe, imaginación y experiencia: George Bush y Dan Quayle. Independientemente de preferencias ideológicas, creo que no hay duda que Estados Unidos ha tenido en lo pasado presidentes con mejores programas y con capacidad de liderazgo, como es el caso de Franklin D. Roosevelt, por mencionar al más obvio.

Si descartamos la posibilidad de que sea una simple coincidencia el hecho de que los últimos presidentes norteamericanos no sean precisamente el mejor ejemplo de directiva vigorosa, imaginativa y dispuesta a afrontar la realidad de manera efectiva y positiva a la vez, entonces, ¿a qué se debe la ausencia de líderes de calidad en la presidencia norteamericana en los últimos tiempos?

La respuesta a esta pregunta tiene que hallarse no sólo en las fallas que tienen los procesos de selección de cada uno de los partidos que dominan el sistema político de Estados Unidos, sino también en ciertos aspectos de la mentalidad colectiva norteamericana. Es esa mentalidad la que sistemáticamente ha puesto de lado la multitud de errores y promesas incumplidas del Presidente Reagan y le mantiene una popularidad envidiable, donde pareciera no tener efecto alguno el desgaste natural de ocho años de gobierno. Tan grande es aún la popularidad de Ronald Reagan con una parte del electorado, que ese fue uno de los factores determinantes en la elección de George Bush. Se votó por Bush únicamente porque era imposible legalmente mantener a Reagan en la Presidencia durante otro cuatrienio. Ahora bien, esta imagen tan positiva que una parte mayoritaria de la opinión pública norteamericana tiene del Presidente que está a punto de abandonar el poder, está basada menos en realidades sustantivas y más en unas enormes ganas de creer en lo increíble, en fantasías colectivas. Se trata de la resistencia de una buena parte de la sociedad norteamericana a aceptar aquello que el profesor Paul Kennedy ha explicado de manera muy clara en su más reciente libro: la inevitabilidad del declive de los imperios, incluido el norteamericano. Frente a esa posibilidad, que en realidad ya ha empezado a materializarse, Reagan y Bush son los símbolos reconfortantes de que es posible detener el tiempo, evitar la decadencia. Reagan-Bush son la expresión de una especie de voluntarismo colectivo que busca la eterna juventud del último imperio de Occidente.

★

Sólo en un mundo un tanto irreal, las referencias a la invasión de Granada pudieron haber sido usadas en la campaña presidencial como indicador del éxito militar norteamericano. Tren-

El y Quayle ni con Mucho son los Mejores

Bush Impuso su Mundo de Fantasía

- ★ En EU se Resisten a Aceptar su Inevitable Declive
- ★ La "Economía Vudú" de Reagan Sirvió a su Heredero
- ★ Votó por Ellos 30% de 'Hispánicos' y 12% de Negros

LORENZO MEYER

NUEVA YORK, 15 de noviembre.—El resultado de las recientes elecciones presidenciales en Estados Unidos abre toda una serie de interrogantes, cuya respuesta no es fácil, pero debe intentarse. La prensa estadounidense, por ejemplo, se pregunta hoy en incontables editoriales cuáles serán los efectos futuros del carácter eminentemente negativo que tuvo esta campaña.

Como se sabe, si el vicepresidente George Bush finalmente logró la victoria, ello se debió menos a la bondad de sus ideas, posiciones y programas, y más, mucho más, a su habilidad para manipular los temores colectivos de sus conciudadanos. En efecto, un buen número de los electores que apoyaron al vicepresidente, lo hizo porque éste, echando mano de argumentos más emotivos que lógicos, los convenció de que el candidato demócrata, el gobernador de Massachusetts, Michael S. Dukakis, era un peligro para su seguridad y bienestar individual y colectivo.

Gracias a la efectiva campaña publicitaria de Bush, los republicanos tradicionales y una buena parte de la masa de electores indecisos vieron en Dukakis lo que

SIGUE EN LA PAGINA DIEZ

su Mundo de Fantasía

te a sus enemigos; en circunstancias ordinarias, la ocupación militar de uno de los países más pequeños del planeta por la mayor potencia del mundo no podría haber sido presentada como una medida razonable de la restauración del poderío militar norteamericano. Y menos aún, tras el fracaso en el Líbano, tras la incapacidad de imponer las preferencias del gobierno encabezado por Reagan en Nicaragua, Panamá o en Irán, o de consolidar a aliados en los que se ha invertido mucho dinero y tiempo, como es el caso de la democracia cristiana en El Salvador.

Es verdad que la economía norteamericana sigue avanzando, y que por ello el vicepresidente pudo mostrar ese hecho como el mejor indicador de las bondades intrínsecas del enfoque reaganiano que él se propone mantener vigente, pese a que hace años años el propio Bush, en otras circunstancias, llamó a dicho enfoque "economía vudú". No fue posible para los demócratas en 1988 hacer ver a la mayoría de los electores que el avance económico de estos años está montado en bases falsas, en un déficit fiscal que en 1986 llegó a 220 mil millones de dólares, y que en el próximo año fiscal se proyecta en 136 mil millones.

Esos electores prefirieron, en cambio, oír la promesa de Bush en el sentido de que no se aumentarían los impuestos y que el aparato productivo continuará creciendo y creando millones de empleos en los años por venir. Y todo esto será posible sin sacrificar, para nada, el gasto militar. Tras comprobar el éxito del mensaje económico de Bush, no se puede menos que sospechar que hay un sector de la sociedad norteamericana que desea —que demanda como un derecho— vivir un mundo de fantasía, y que quienes prepararon la campaña electoral del vicepresidente Bush, supieron explotar muy bien ese deseo comprensible, pero inaceptable.

El mensaje del candidato derrotado, el gobernador Dukakis, en el sentido de que la sociedad norteamericana no puede darse el lujo de seguir viviendo como si sus problemas de fondo no existieran, y que hay que enfocar las energías sociales a temas tales como el de la falta de vivienda, la dificultad de las clases medias y bajas de tener acceso a la educación universitaria, al servicio médico, etcétera, sólo fue escuchado positivamente por un poco menos de una cuarta parte de to-

dos los norteamericanos con derecho a voto. La mitad de todos los empadronados simplemente prefirió no acudir a las urnas; el resto —los soñadores activos— aceptó de buen grado suponer que esos males sociales denunciados por el gobernador de Massachusetts se podrán resolver mediante los poéticos "mil puntos de luz" que propuso Bush.

Los tales "puntos de luz" no son otra cosa que las asociaciones caritativas privadas —esas que florecieron a partir del siglo XIX como producto de la filantropía individual— y en las que hoy participan personas como Barbara Bush. Sin embargo, viendo en ciudades como Nueva York los resultados insuficientes de esa acción voluntaria, no se puede menos que concluir que "los mil puntos de luz" parecen destinados no a resolver los problemas sociales, sino simplemente a coexistir con ellos.

Antes de seguir, conviene una reflexión autocrítica. Los mexicanos no estamos, ni remotamente, en condiciones de ser quienes podamos tirar la primera piedra y acusar a los norteamericanos de tener un liderazgo político de baja calidad. Ese mismo problema lo padecemos nosotros de tiempo atrás, y es justamente una de las varias causas que han contribuido a nuestra actual crisis política y económica. Sin embargo, frente al hecho anterior, se puede argumentar que hasta hoy en México la falta de líderes a la altura de las circunstancias no se debe a la voluntad mayoritaria de la sociedad —como en buena medida es el caso en Estados Unidos— puesto que ésta no ha tenido nada que ver con la selección de nuestros líderes. En cualquier caso, el hecho anterior no invalida la existencia de una seria preocupación en México, como en el resto del mundo, en torno del funcionamiento del sistema político norteamericano, dado el enorme poder a su disposición y sus efectos sobre nuestra vida cotidiana.

★

Pero volvamos al tema. Es probable, aunque no seguro, que frente a la responsabilidad del poder, el Bush candidato y el Bush Presidente sean distintos, y que tras la ceremonia de la toma del mando en enero próximo, el hoy Presidente electo abandone un tanto el mundo de fantasía que dibujó frente a los electores en sus discursos y sus anuncios pagados en televisión,

y se comporte como un político realista y responsable. Sin embargo, no hay duda que es poco reconfortante depender de una mera probabilidad en algo tan importante como es, entre otras cosas, la futura política norteamericana hacia la deuda de los países subdesarrollados. Es de desear que, pese a que el nuevo secretario de Estado será James Baker III, el inútil plan Baker —pedir prestado para seguir pagando— no será revivido; ¿pero si Bush y su colaborador insisten en hacer realidad esa fantasía particularmente destructiva para nosotros? A estas alturas deberíamos de poder contar ya con los elementos necesarios para saber cómo se propone el nuevo ocupante de la Casa Blanca sacar del estancamiento a la política norteamericana hacia Centroamérica, pero ¿qué va a suceder si, como anunció Bush en su primera entrevista de prensa después de las elecciones, esa política simplemente va a ser continuar la ayuda militar a los contras y el consecuente estrangulamiento del pueblo nicaragüense? En fin, la lista de incógnitas es larga y la de las respuestas es corta y, por el momento, no muy alentadora.

Antes de concluir conviene dejar en claro quiénes, según las encuestas, son aquellos de los norteamericanos que han dado su apoyo a la política de fantasía representada por Bush como continuador, al menos en teoría de la acción gubernamental de Reagan. Bueno, en primer lugar, 50% de electores que no se presentó a las urnas y dejó a los demás la responsabilidad de decidir. De los norteamericanos que sí votaron quienes lo hicieron por Bush, fueron más hombres que mujeres (57% de los hombres, y sólo 50% de las mujeres), más blancos que negros o hispánicos (59% de los blancos y sólo 12% de los negros y 30% de los hispánicos), sureños (58% de los electores de esa región), más bien prósperos (63% de aquellos con ingreso familiar anual superior a 50 mil dólares) y bien educados (62% de los votantes con grado universitario). ¿Para qué continuar? Quiénes más se aferran a la gran ilusión del voluntarismo político son, desafortunadamente para nosotros en México, los que más influencia tienen en la vida cotidiana del gran vecino del norte: los ganadores... los que se consideran como tales.